

# PANDEMIA Y JUVENTUD

MIREN BASARAS IBARZABAL

Profesora e investigadora de Microbiología. UPV/EHU





**La pandemia generada por el nuevo coronavirus ha puesto el mundo patas arriba. Llevamos más de un año de crisis sanitaria. Indudablemente, ha afectado a personas de todas las edades, y han sido las personas mayores quienes han sufrido las peores consecuencias, tanto en cuanto a la gravedad de la enfermedad como al número de personas fallecidas. Sin embargo, la vida humana es larga, y existe una época –la adolescencia o juventud– que se considera una etapa de transición de gran relevancia en la que algunos fenómenos pueden dejar su impronta para toda la vida.**

La Organización Mundial de la Salud otorga gran importancia a esta etapa de desarrollo posterior a la infancia y anterior a la vida adulta que ocurre entre los 10 y los 19 años. En esta etapa de desarrollo, el ritmo de crecimiento es elevado, y tienen lugar varios procesos biológicos.

En la juventud, más allá de la madurez física y sexual, todas las experiencias

vividas incluyen la transición hacia la independencia social y económica, el desarrollo de la identidad, la adquisición de capacidades para establecer relaciones entre personas adultas y la capacidad de razonar con abstracción. La adolescencia es sinónimo de crecimiento excepcional y de alto potencial, pero, al mismo tiempo, se trata de una fase de alto riesgo, en la que la sociedad y el entorno circundante pueden ejercer una influencia decisiva para los años venideros.

Las personas jóvenes dependen de la familia, la comunidad, la escuela, los servicios de salud y el centro de trabajo para poder hacer frente a las presiones a las que están sometidas y para poder adquirir todas las competencias relevantes que pueden ayudarles en el tránsito de la infancia a la edad adulta. Los padres y madres, las personas pertenecientes a la comunidad, los y las proveedores de servicios y las entidades sociales tienen la responsabilidad de promover

el desarrollo y la adaptación de esa juventud y de intervenir eficazmente ante la aparición de problemas. Por tanto, en esa dicotomía, tanto la gente joven como la adulta debemos ejercer nuestra responsabilidad.

Al comienzo de esta crisis sanitaria, la sociedad sufrió un duro confinamiento, y la educación, el ocio y diversos ámbitos de la vida sufrieron un cambio repentino al tener que mantenernos en el interior de nuestras casas. La educación incluso pasó de ser presencial a impartirse online de un día para otro. La juventud considera que los centros educativos son, al mismo tiempo, lugares para el tiempo libre, ya que, en definitiva, se reúnen con sus amistades y comparten sus vivencias, con el beneficio que todo ello puede conllevar.

A lo largo de esta pandemia se ha sido especialmente exigente con la juventud para que cumpliera como es debido las medidas de protección para el control del virus, y, a decir verdad, en los centros educativos se han cumplido adecuadamente. Ejemplo de ello es que la educación se ha desarrollado normalmente de manera presencial a lo largo de todo el curso escolar. No obstante, se ha puesto en tela de juicio el correcto cumplimiento de esas medidas por parte de la juventud. Una persona adolescente no es totalmente capaz de comprender conceptos complejos, entender la relación entre una conducta y sus consecuencias o detectar qué grado de control tiene o puede tener en la toma de decisiones relacionadas con la salud. Quizá debería incidirse en la correcta explicación de las medidas y en la magnitud de las consecuencias de actuar de manera incorrecta. En general, una gran mayoría

de jóvenes ha cumplido correctamente las medidas de protección, pero en esta sociedad siempre se pone el foco de la información sobre lo que se hace mal, dado que en la mayoría de los casos es lo que tiene más eco.

Las personas jóvenes, en general, no son pasotas ni narcisistas: diversos estudios ponen de manifiesto que muchas de ellas han puesto en marcha durante este largo año iniciativas como proyectos de entretenimiento, acompañamiento a familiares para el uso de las tecnologías de la información y comunicación que tan bien controlan, participación en diferentes organizaciones no gubernamentales relacionadas con la salud, acompañamiento a colectivos más vulnerables, etcétera. Desgraciadamente, en la mayoría de los casos esas iniciativas no han conseguido visibilidad, a pesar de que demuestran claramente que la juventud es trabajadora, cuidadosa con la salud y comprometida con su entorno.

En cuanto a la propia enfermedad de la COVID-19, es cierto que las personas jóvenes no conforman el grupo más perjudicado en el ámbito sanitario, es decir, no han sido ellas quienes han sufrido los síntomas más graves de la enfermedad ni el grupo en el que más personas han fallecido. Pocas personas jóvenes han sufrido síntomas graves, pero la evolución de la enfermedad, aunque no presente síntomas graves, puede dejar secuelas a largo plazo a personas jóvenes infectadas, lo que se conoce como COVID permanente. Pero, sin lugar a dudas, aun no sufriendo la enfermedad la juventud puede transmitir el virus, como cualquier otra persona de cualquier edad, y así poner en peligro a sus familiares. Por ello, a

menudo se les ha prohibido reunirse con sus abuelos y abuelas o con personas mayores, con todas las consecuencias que ello ha acarreado.

Por otra parte, la inestabilidad que ha generado la pandemia ha alterado el proceso de desarrollo emocional de muchas personas jóvenes, y ha condicionado su vitalidad, su bienestar y sus expectativas de futuro como generación joven. Gran parte de la juventud está preocupada por su futuro, por cómo va a cambiar la economía, y por si tendrá una oferta laboral adecuada. En definitiva, sospechan que la posibilidad de emanciparse económicamente de su familia se retrasará, y ello aumenta su preocupación y sus quebraderos de cabeza.

Además, la información constante sobre la pandemia a menudo puede ser perjudicial, y es por ello que se habla de infodemia, es decir, de un exceso de información sobre un tema concreto (la pandemia). Es sabido que la información que reciben las personas jóvenes proviene, en gran medida, de las redes. Sin embargo, en esas redes es fundamental buscar la información de un modo adecuado y riguroso; de lo contrario, pueden ocurrir malentendidos, ya que a menudo lo que leemos es lo queremos leer y no lo que está científicamente probado. La infodemia puede propagar desinformación y rumores, lo que a su vez puede generar desconfianza. Se han de facilitar recursos para verificar la validez de la información a cualquier persona y, por tanto, también a las personas jóvenes.

Se han realizado y se están realizando varios estudios para analizar las consecuencias que la pandemia dejará en el futuro en la identidad de la juventud. Parece que las personas jóvenes están satisfechas con la relación mantenida durante el confinamiento con su familia o con sus amistades, y muchas de ellas opinan que han tenido más tiempo para estar consigo mismas o tranquilas. A su vez, sin embargo, lo que más han echado en falta ha sido la relación física entre compañeros o compañeras o la relación personal con la pareja.

Esta falta de encuentro con otras personas a menudo se ha relacionado con problemas de adaptación, y el tema de la salud mental también ha ganado visibilidad. Los servicios de psicología y psiquiatría advierten de que el número de personas diagnosticadas con ansiedad y depresión ha aumentado notoriamente en este último año, en especial entre la juventud. Es una tarea imprescindible para el sistema sanitario tratar a todas esas personas a la mayor brevedad. Además, se debería garantizar la presencia de citas previas en esos servicios, para una óptima ejecución de la terapia. Asimismo, tanto las familias como los centros educativos son fundamentales a la hora de intervenir y acompañar al máximo en estas situaciones. Toda la sociedad debe colaborar y afrontar el estigma de la salud mental.

En definitiva, el desarrollo de una sociedad se mide por la manera de cuidar a las personas mayores, pero, a su vez, debe cuidar también el futuro, y, por tanto, tener necesariamente en cuenta a la juventud.